

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

El bello ideal.



Tiendas portátiles que se establecerán en las plazas públicas para mayor comodidad de los forasteros. ¡No en balde se progresa!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡A San Isidro!, por Juan Pérez Zúñiga.—Claridades, por Calixto Navarro.—Capítulo V de la novela María-Cruz, por Luis de Ansorena.—¡Ande el movimiento!, por Fiacro Yráyoz.—¡Inocencia!..., por Abraham Limorti.—El pueblo y el poder, por Alfonso Benito Alfaro.—Los moldes, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.

GRABADOS: El bello ideal.—Festejos municipales (tres viñetas).—La romería de antaño.—La romería de hoguño.—Festejos municipales (tres viñetas, por Cilla).—España cómica: Oviedo, por *Mecachis*.

DE TODO UN POCO.

Somos muy caritativos, pero si no se nos divierte no soltamos la *quita*.

En cuanto ocurre alguna desgracia nacional, lo primero que hacemos es organizar unas fiestecitas para reunir fondos y enjugar las lágrimas de los desgraciados.

Lo natural sería que todos nosotros, movidos por el sentimiento de la caridad y el del amor a la patria, acudiésemos á depositar nuestro óbolo en beneficio de las víctimas del *Reina Regente*, sin esperar que se organizaran funciones teatrales, rifas, tómbolas y otros espectáculos de buen tono.

Era de esperar que al iniciarse una suscripción pública en favor de los desgraciados fuésemos todos, con la faz arrugada por el dolor, á socorrerles en la medida de nuestras fuerzas.

—¿Es aquí donde se deposita el óbolo?

—Sí, señor; aquí.

—¡Ay, qué triste estoy! Tome usted esos dos duros... ¡Ay, qué mundo éste! No somos nada.

—Gracias, en nombre de las víctimas.

—No las merece... Vaya, que usted lo pase bien. Yo me voy á casa, á meditar sobre los infortunios que nos rodean y á llorar un poco.

Esto hubiera sido lo más natural; pero desgraciadamente no sucede así, y el hombre necesita que le burguen en el corazón ó le hagan cosquillas en la planta de los pies para desembolsar el dinero.

Á la *hermesse* del Retiro acuden muchísimas personas dispuestas á divertirse, á tomar refrescos ingleses servidos por manos aristocráticas, á dar vueltas en el *Tío Vivo*, á retratar se, á ver si les toca en la rifa cualquier objeto caro; á todo menos á lamentar la horrible desgracia del *Reina Regente*.

«Hágase el milagro y hágalo el diablo», dice la frase popular, y yo estoy conforme hasta cierto punto; pero no deja de ser extraño que para socorrer al desvalido tengamos necesidad de poner banderillas ó de bailar un cotillón ó de bebernos dos copas de aguardiente del *Asturiano*.

Es lo mismo que si yo fuese á visitar á un enfermo y me presentara en la alcoba tocando las castañuelas, y luego me pusiera á bailar una *mazurka* con la señora de la casa.

Nunca ha habido tantos forasteros en Madrid como este año.

Unos andan en compañía de sus amigos madrileños, á quienes hacen sudar la gota gorda, y otros «se valen» solos, sin necesidad de ajeno auxilio, y recorren la villa entera unidos entre sí por el lazo indestructible de la familia.

Hay matrimonio forastero que sale por la mañana cogido del brazo y se va de un tirón á San Isidro, donde se entrega á los placeres propios de la romería; de allí regresa por la tarde para asistir al circo y no vuelve á la casa de huéspedes hasta las doce de la noche, con los pies en carne viva y los riñones saltados.

—¡Ay, qué Madrid éste!—dice la señora dejándose caer sobre la maleta.

—¿Vienen ustedes muy cansados?—pregunta la patrona.

—*Muchísimo*; que se lo diga á usted éste. Cuando uno sale de casa, no debe reparar en peseta más ó menos. Estuvimos en la romería y en Colón, en el café, y en la huerta de Cánovas por la parte de fuera. Lo que queremos ver mañana son las Caballerizas, para que sepa mi cuñada, la hermana de éste, que no hemos perdido el tiempo en *Madrid*, porque ella estuvo aquí con su marido cuando le nombraron lechero de la Real Casa, y

desde entonces no hay quien le aguanté sobre sí ha visto las Caballerizas y la Casa de Campo y el depósito de la leña.

—Ésta—dice el esposo—es muy nerviosa y la da desesperación que quieran rebajarla, por lo cual nos hemos venido á Madrid con esto de los trenes baratos, para que vea mi hermana que no es ella sola la que ha visto mundo.

Cuando el matrimonio se mete en la cama, dice la esposa:

—Mira, Pejerto; mañana, aunque nos cueste dos pesetas ó tres, tenemos que entrar en el Congreso y que saludar al diputado del distrito, que no quiero volver á Villamula y que sería de nosotros la sinvergüenza de tu hermana.

—Bueno, mujer.

—Y si me apuran mucho, le pido un mechón de pelo á Sagasta y nos lo llevamos al pueblo, aunque no sea más que para que rabie aquella mala mujer y vea que tenemos mejores relaciones que ella.

Los forasteros van también al Retiro, pero no se atreven á tomar nada en el Campo Grande, porque es lo que ellos dicen:

—Da mucha *cortedaz* que le sirva á uno horchata una condesa.

Algunos llevan su preocupación hasta el punto de creer que las camareras de todas las horchaterías son señoras aristocráticas, porque han oído *hermesas* y no saben dónde.

La otra tarde, en la plaza del Cordón, entró á tomar horchata un señorito de Barba de Puerto, y no hacía más que mirar á la horchatera y saludarla, sin atreverse á pedir.

—¿Qué va á ser?—preguntó la chica, que es natural de la calle del Bastero.

—Horchata, y estoy á los pies de usted.

—Hombre, me gusta usted por lo *fuérrico*—dijo ella.

Y el de Barba de Puerto salió de la horchatería pensando:

—Es mucho *Madrid* éste! En cuanto voy á un joven con un físico regular, ya le quieren y le agasajan las condesas. Si no fuera por la familia, me quedaba á vivir aquí entre la aristocracia.

Luis Taboada.

¡A San Isidro!

Don Bruno Garrido y Mía, que es vecino de Chinchón, nunca deja de asistir á la fiesta del patrón.

Su chifladura es pasmosa por la fama de los pitos, y lleva siempre á su esposa y á sus cuatro hijitos.

Es un señor exento de consecuencia modesta. No hay hombre más condescendiente bajo la capa del cielo.

Siempre que en la romería pone don Bruno los pies, le sucede una avería... si no le suceden tres.

De ningún año ha escapado tan bien como del presente, y eso que lo que ha ganado no ha sido mucho realmente.

Á las seis de la mañana fueron al Santo ligeros, la mujer de mala gana, y los chicos plicenteros.

Al pasar por el pontón, la niña menor, Pilar, dió tan fuerte resbalón que hasta el río fué á parar.

Estuvo ya con la arena al cuello la pobrecilla. Su madre, muerta de pena, perdió el habla... y la sombrilla.

Pronto á la niña sacaron; y, aunque esto parezca gansa su camino continuaron, en vez de volverse á casa, diciendo á su mujercita don Bruno, lleno de espanto: «Debenos ir á la ermita á darle gracias al Santo».

Y cuando en la ermita entraban los rebobados, llevaban un bolsillo en que llevaban treinta reales y un botón.

Una coquillas tomaron, por lo dueñas, respetables, que á don Bruno ocasionaron dolores interseccionales.

Por comprar al por mayor pitos á su prole amada, quedó vordo al buen señor, como quien no dice nada;

y aunque fueron muy baratos, hoy afirma conungido que los picaros libatos le costaron un *centido*.

Por ver las piernas á Clara y á otras varias mujercuelas, le dió un colapso en la cara y le tardó cuatro meses.

Luego mirando escabeche, y después tréche abundante, gracias á que, en vez de leche, le sirvieron un purgante!

Finalmente, en la pradera fue don Bruno á separar á un chitapo y á un hortera que se fueron á pegar,

y entre dos guardias feroces fue el paler á la prevención, después de sufrir dos coros, tres palos y un pestocón.

Hizo Bruno, á pesar de todo, no ha estado en su manía, pues le cuenta de tal modo la famosa romería.

Que con mucha mansuetudina debeos que *lleven el Santo*, para volver á una fiesta donde se divierte tanto.

Juan Pérez Zúñiga

FESTIVOS MUNICIPALES
PROGRAMA

A las 8.—Iluminación general de la villa por medio de caprichosas combinaciones.



A las 10.—Ejercicios del Santo Rosario entre las familias que conserven tan piadosa costumbre.



A las 11.—Reposo necesario para recobrar las fuerzas, con objeto de seguir gozando de la misma manera al día siguiente.

Claridades.

Si yo, y es un decir, pusiese un día en un periodiquito, malo ó bueno: «No compréis dulce en la confitería de Fulano de Tal, que dan venenos», ó «No os pongáis levitas de tal sastré, porque al darles el sol son un desastres», de seguro que sastré y confitero, obrando cuerdamente, sin andar se en chiquitas, lo primero que harían lindamente era baldarme á juicios exigiéndome daños y perjuicios, y estaría bien hecho y nadie tal acción criticaría, porque no hay el derecho de desacreditar la mercancía con la cual, en la corte ó en Betanzos, se busca un caballero los garbanzos. ¿Verdad que no? Pues en literatura no es igual, y en Madrid, como en Marruecos, nos *ponen á parir* en la factura de *chaqués, pantalones y chalecos*. «La zarzuelita tal nos dice un vate que cursa en el segundo de farmacia es un engendro—¡atiza!—un disparate sin átomo de gracia. La empresa, que ha perdido los papeles, la debe retirar de los carteles.» Y... nada, no hay cuestión ni pesadumbre: trabajo ineficaz, pólvora en salvas, y se aguanta el autor, porque es costumbre, y el otro... sigue analizando malvas.

Llama un enfermo á un médico afamado. se equivoca el doctor, caso frecuente; hay consulta: se ve el error probado y se entierra al paciente. Alguien suele llamar al doctor bruto, mas sólo la familia ostenta el luto.

Se escribe un drama de problema y trama y el autor se equivoca haciendo el drama. ¿Pues para qué se quiere mayor fiesta? ¿Qué de dictados! ¿Qué complicaciones! ¿Qué manera de hablar! ¿Cuánta protesta! Hay quien quiere hasta darle dos *capons*. ¿Es empleado el tal? La cesantía les parece muy poco todavía.

Total: que se equivoca un abogado, el cajero que suma, el zapatero, el cura, el diputado, la fregatriz cuando el puchero espuma; Jesús de Nazaret, no pasa nada. ¿Se equivoca un autor? Pues ya está armada.

Resumen: para autor una lumbreña, y *criticastro* del autor... cualquiera. |

Calisto Navarro.

Capítulo V

DE LA NOVELA MARÍA-CRUZ (1)

En aquellos deshonorosos amores encontró Teresa la satisfacción de sus desordenados apetitos. La fortuna del bolsista hubiera permitido á éste exhibir su querida rodeada del costoso lujo que tanto le agradaba á ella, pero las conveniencias sociales y el miedo lo impedían en absoluto. Mas si no ante la gente, para ellos solos, para su amor, existía el lujo.

La casa donde celebraban sus citas fué alhajada con gran magnificencia: al llegar á ella, siempre antes que el bolsista, Teresa se despojaba de su sencillo traje, de su ropa blanca, sustituyéndole por otros, regalos de él, más elegantes, perfumados con esencias finas. Era aquél un placer tan intenso, tan material como el que después sentía entre los brazos de su amante. A solas con éste aparecía su condición perversa llena de refinamientos carnales, contenida ante su marido por la seria honradez de éste y el poco entusiasmo de ella. Desde que entraba en la casa era otra. Desaparecía su gesto agrio, su aspecto de mujer cansada de la vida; su acento perdía la brusquedad que tenía para hablar con Pablo, y era dulce, afectuoso, zalameño; dulcificábase su mirada, y hasta las líneas de su cuerpo parecían perder la tiesura nerviosa que en su casa mostraban. Se hacían más suaves, como si tomaran algo de la blandura de los asientos de aquella casa, algo de la

(1) Que se pondrá á la venta en todas las librerías al empezar la semana próxima.

La romería de antaño.



Mucha devoción, mucho recogimiento, mucha vigilancia... y unas intenciones como un toro.

delicadeza de las telas de que estaban forrados. Medio acostada en una meridiana de incitante curva, con los ojos velados, con el sueño del placer próximo, en espera de su amante que no tardaría, presentaba el aspecto de una mujer feliz, satisfecha de vivir en la atmósfera que convenía a su temperamento y a sus gustos, libre de todo enojoso cuidado, cerrando el pensamiento a lo que no fuera su egoísta felicidad, sin dudar que ésta durara mucho, que nadie tenía poder para quitársela... No, nadie... Mirábase al espejo y se encontraba hermosa, tentadora, capaz de enloquecer al hombre que tuviera más en calma los sentidos, y esta hermosura era el triunfo perenne, el amante esclavizado para siempre, la seguridad de su dicha prolongada hasta el límite que ella quisiera. Miraba dentro de sí, a su conciencia, y no sentía el remordimiento más leve, el más pequeño desasosiego, y esto le daba la tranquilidad moral de la indiferencia, la sensación de que tampoco por este lado se agriaría el placer tanto tiempo soñado y al fin conseguido. Así, pues, entregábase a él en cuerpo y alma, convencida de su fuerza, segura de sus sentimientos, como mujer que llega a su destino y en él se detiene, saboreando sus impresiones, alegre por haber llegado, feliz porque no teme cambios bruscos... Estaba allí como la monja de decidida vocación en el claustro; como la madre amante entre sus hijos; como la buena esposa en el hogar... Estaba en su sitio...

El regreso a su casa era el único pesar que acibaraba su dicha, y, ya en ella, convertíase de nuevo en la mujer malhumorada, impaciente y discada. La presencia de su marido, el trabajo a que éste se dedicaba, el taller oliendo a pintura fresca, los cuadros y bocetos diseminados por todas partes, todo en aquella casa le producía una impresión penosa que hacía estallar sus nervios, agitarse rebeldemente su sangre de mujer sensual, aficionada a la pereza del placer físico, entre perfumes excitantes. En su cuerpo, en su imaginación, en todo su ser traía algo de la otra casa, de la otra, y el contraste despertaba su furia, por reconocer que, en el fondo, era preciso aceptar la situación, sufrir el cambio brusco, pasar allí algún tiempo con la esperanza de la nueva cita en el otro lado, cita cuya duración prolongaría lo más que pudiera.

Y esta ansia era tan honda, que no se debilitaba ni ante la presencia de su hija. Parecerá monstruoso, pero, en aquel ser, todo humano afecto se anegaba en la fuerza de los sentidos. Ni amor maternal había... Casi nunca acariciaba a María-Cruz. Acostumbróse a considerar a ésta como a su marido: como un obstáculo a la completa realización de sus sueños. Las primeras gracias de la niña, esos barboteos infantiles, despertar lento de un cerebro en embrión, esa monería en los ademanes y gestecillos, que a veces llevan lágrimas de felicidad a los ojos de las madres, y que hacen a éstas abrazar con arranque loco a aquel pobre pedazo de su carne, no conmovieron a Teresa, no le hicieron pensar en la tremenda responsabilidad que tenía frente a aquel ser que empezaba a vivir, que necesitaba de la madre honrada para crecer tranquilo; del noble ejemplo para no tropezar en su camino; del hogar virtuoso para ser feliz. No pensó que aquella niña

se convertiría en mujer, y que tal vez, cuando su alma de joven virgen lo ignorase todo, empezando a sentir el deseo instintivo de comprender algo, lo que debía ser lenta desfloración moral, delicada tarea para la que se ama la propia naturaleza y el cariño maternal, sería súbito y doloroso desgarramiento, si acaso llegaba a comprender algo de la vida y condición de su madre; encontrando al mismo tiempo la idea del pecado en su imaginación, la realidad del mismo ante sus ojos asombrosos, a su lado, en su propia casa.

La presencia de su hijo no disminuía en Teresa aquel sentimiento de un egoísmo profundo, casi brutal, que le hacía instituir la vida lejos de sus pasiones y de su amante, el primer beso que su hija le dió no fué, como una frecuencia acortada, según esperaba, por ella los labios de la madre para los besos del adulterio. No sintió alarde en lo más hondo de su ser la voz imperiosa de una obligación sagrada que contuviera sus afanes locos, sus instintos de mujer llena de apetitos y de miseria... No... María-Cruz no produjo revolución alguna en aquel organismo mal equilibrado, en aquella naturaleza viciosa e indiferente, al mismo tiempo, que iba al mal por impulso propio, como la piedra por la pendiente, obedeciendo a la ley de una fatalidad terrible y avasalladora.

Eran tan porras y tan desbarrosos sus variaciones, que María-Cruz, con ese instinto especial que caracteriza a los niños, mostraba gran alejamiento hacia su madre; y eran tantas y tan ardientes las que Pablo la prodigaba, que a este cariño aferrábase la niña, como si quisiera buscar compensación a la frialdad de Teresa. Delante de esta, María-Cruz mostrábase seria, cohibida, triste, mirándola con sus ojos sencillos, con esa firmeza de los niños en presencia de una cosa que les produce una inexplicable impresión de extrañeza. Si la actitud de su madre extrañaba a María-Cruz, notaba la diferencia entre su padre y ella. Por que el primero la abrazaba y besaba con vehemente arranque, por que se complacía en tomar parte en sus juegos, ideando el mismo juego que la divertiera, mientras su madre jamás la llamaba para acariciarla y en su voz había algo duro, impaciente al dirigirse a ella. Los niños no juzgan, pero sienten más que los hombres; y este exceso de sensibilidad les da una extraordinaria fuerza de rápida e instintiva comprensión, que les hace abarcar de los que, sin castigarlos, no les demuestran la ternura que sus alientos reclaman con incansable exigencia. Necesitan amor como las flores necesitan aire y sol, y no dan el suyo más que a los que de antemano se le dan a ellos, sin mostrar cansancio, sin escatimarse nunca las demostraciones de afecto. Quiza es el corazón del niño es donde reside el sentimiento más absoluto de la justicia, por encontrarse fuera de toda conveniencia social, de toda experiencia, de todo imperio de la naturaleza misma, cretado por la madre que les acaricia de continuo, que les dirige, que sólo para ellos vive, y ese alejamiento que se manifiesta por las personas a quienes no consiguen agradar. Sienten que su madre se ocupa constantemente de ellos, y esto les hace entregarse por

La romería de hoguño.



Mucha libertad, la manga muy ancha, mucha palabrería, mucho ruido... y pocas nueces.

completo, confiados, tranquilos, fuertes, en medio de su debilidad, por la conciencia de aquel cariño. Entonces viven en la atmósfera que les corresponde, y son lo que deben ser. La sonrisa del mundo.

Pablo reemplazó á la madre. Amaba á su hija con la fuerza de pasión que en todos sus afectos ponía; fueran de tan loca intensidad que no cedía ni ante el más cruel desengaño; que no razonaba nunca, como lo demuestra el hecho de seguir amando á su mujer, no obstante estar convencido de la indiferencia de ésta. Tan hondas eran las raíces que en él echaba el afecto, que no se arrancaban más que arrancando el corazón al mismo tiempo y en el mismo esfuerzo. Por fortuna, María-Cruz pagaba con creces este cariño. Como si presintiera el poco que su madre la tenía, aferrábase cada vez más al de Pablo, y si junto á éste era locuaz, expansiva, alegre, al separarse de él cambiaba en todo: se ponía triste, seria; los juegos no la distraían; las palabras de los demás no le sacaban de su abatimiento... Le pasaba su soledad, Pablo, por su parte, gozoso de predilección tan justa, pasaba la mayor parte del tiempo junto á su hija. Ni aun trabajando se apartaba de ella... Mientras él pintaba, la niña, sentada en un rincón del estudio, se entretenía con sus juguetes, corriendo de vez en cuando hacia su padre para pedirle un beso, para dirigirle alguna graciosa pregunta, que jamás se quedaba sin respuesta. Y Pablo, con tal compañía, encontraba más fácil, más agradable la tarea. Recuperaba algo de la calma perdida en los primeros años de su matrimonio, la fuerza del artista que estaba allí, en aquellos ojos azules, en aquella frente serena, en aquellos labios graciosos-húmedos que calmaban su fiebre con besos largos, continuos, amorosos. Resultaba un cuadro simpático, aunque triste por la ausencia de la madre, que quizá en aquel momento entregaba á un amante su cuerpo, perfumado de antemano para excitar más los sentidos del hombre; aquel cuerpo donde había vivido un ángel sin conseguir regenerarlo.

Y este vacío acibaraba las mayores dichas de Pablo. El desamor manifiesto de su esposa llevábale á pensar en la falta posible, casi segura. La esperaba, sin ánimos para evitarla, creyendo inútil todo esfuerzo, convencido de que no había recurso humano que la detuviera. Parecíale algo fático, necesario, la montaña que se le venía encima entre horrible estrépito, y que al caer le destruyera el cráneo. ¿Qué hacer? En los afectos no manda nadie... Y para conjurar el mal sólo un medio había: que repentinamente el corazón de Teresa sufriese un cambio rudo, imposible, á no venir de un milagro; que se abracara en un amor profundo por su hija y por él... Y esto era un desvarío, un sueño que daba risa... Mucha risa. Su mujer llegaría á tener un amante. Tal vez ya le tenía... Esta idea tomaba forma de incitación en su cerebro. Deducción lógica, inevitable de los hechos... V á pensar de esto, Pablo seguía amándola, cuando hubiera querido aborrecerla... poder arrojarla de su casa como á una mujer perdida que nos miente; con riar de su imaginación todo lo que á ella se refiriese, y quedarse solo con su hija, atento á su trabajo, que significa el porvenir de ésta... Lo que la gente dijera le importaría poco; sufriría el ridículo que rodea al marido

engañado, las alusiones más ó menos encubiertas del mundo, hasta el dolor de la herida de su honra... Sí... todo lo sufriría á trueque de no sentir aquella pasión tremenda, que le hacía débil como un niño, atándole de pies y manos y que traía á su garganta lágrimas de dolor en vez de rugidos de rabia... Su tormento era el más atroz de los conocidos: amar á una mujer á quien se debe, se quiere odiar!

Enrique Prieto visitaba alguna vez á Pablo; pero en sus conversaciones no se hacía la menor alusión al desdichado matrimonio. Prieto sospechaba que Teresa hacía traición á su amigo, pero sin que pudiera determinar quién era su amante. Realmente esto no lo sabía nadie, pues tanto Arias como Teresa procuraban el mayor secreto en sus relaciones. Para el primero resultaba más cómodo, y, por otra parte, no era hombre á quien la exhibición de sus aventuras agradase, buscando en ellas únicamente el placer propio, que no necesita testigos. Resultado de esta cautela, que llevaba ya un año unidos y nadie se había enterado. Teresa apenas frecuentaba la sociedad; el bolsista seguía haciendo la misma vida de costumbre. La portera de la casa donde se reunían los amantes era la única persona, fuera de éstos, que entraba en el cuarto para el arreglo necesario del mismo, y estando generosamente pagada, no había miedo de que se le fuese la lengua. Su conveniencia personal daba la seguridad absoluta de su discreción y silencio... Además, las citas no eran muy frecuentes ni de gran duración, á fin de no despertar sospechas. Como buen sibarita del placer, á Arias le molestaba el ruido del escándalo, y quería gozar su dicha sin sustos, sobresaltos ni cavilaciones. En sus amores, como en Bolsa, procuraba asegurar el negocio y llevarse la ganancia con el mayor sigilo en la medida que era posible, sin despertar envidias ni recelos, que no servirían más que para crear enemigos ó proporcionar disgustos. Frio, calculador, de una inteligencia sobria en medio de sus desórdenes, contenía las impacencias de Teresa con mano de hierro, como el jinete contiene al caballo de sangre rebotosa apretándole la boca hasta hacerle sangre, mientras le acaricia el cuello...

—¿Para qué el escándalo?—solía decirle.—Es la cosa más inútil, más insensata de la vida... Nadie puede decir que conoce á un hombre. El que más débil te parece, colocado en una circunstancia extrema, se transforma en un león que lo destruye todo. Y tal pudiera sucederte á tu marido si se enterase de lo que hay; porque, realmente, para qué negarlo? la cosa es un poco fuerte... Supón que llega ese caso... ¿Qué habríamos conseguido?... Echarlo todo á rodar... Matar nuestro placer quizás, porque considero casi imposible que él admitiese esta situación. Cierzo que hay maridos que se aguantan; pero por lo que del tuyo me dices, creo que no sería de éstos. No digo yo que te matara ni que viniese á buscarme; pero ¡pobre Dios lo que haría!... Por eso lo más cuerdo es obrar con prudencia, no trastornarse... En esto estriba nuestra felicidad, créelo, hermosa.

Cedía Teresa, comprendiendo que en el fondo Arias tenía razón; pero disgustábase mucho que sus entrevistas no fueran más frecuentes y más lar-

gas. Su amante la aconsejaba que procurase no despertar los recelos de su marido, y que se mostrase con él cariñosa, si era preciso. En esto ya no podía obedecer Teresa. Algunas veces pensó hacerlo; le fué imposible. El desdén, casi odio, que su marido le inspiraba, era superior á su egoísta conveniencia de mujer traidora... No... en este punto que no le pudiesen que fingiera... Antes dejaría que la matara Pablo...

Luis de Amorena.

¡Ande el movimiento!

(Á MI BUEN AMIGO JUANITO PEDAL)

¿Quiere usted otra adhesión al sport de moda hoy día? Pues aquí tiene la mía... pero oiga la explicación.

Desde primeros de mes, querido amigo *Pedal*, voy á imitar á Vital

y hacer lo que hace Sellés, pormás que, hablando en conciencia, si me presto á ese mal rato, solamente es por mandato, por mandato de la ciencia.

No es que yo pretenda, pues, constituirme en rival ni del inclito Vital ni del célebre Sellés.

Mi doctor, que es un señor formal entre los formales, para alivio de mis males buscó el remedio mejor, y me mandó ésta receta de su nuevo formulario:

Una dosis á diario de ejercicio en bicicleta.

Y explicado está, aunque mal, por qué á principio de mes voy á imitar á Sellés y á hacer lo que hace Vital.

Dice el doctor que obtendré resultados positivos...

¡Pero los preparativos no se los figura usted!

Asustadas é intranquilas en mi casa las mujeres,

han dejado sus quehaceres y hacen hilas... ¡y más hilas!... y tienen ya preparados muchos paños sin costura... y vendas... y áfrica pura... y algodones suavizados...

y han pedido, y con razón, un botiquín á Berlín...

¡Por cierto que el botiquín me va á costar... un doblón!

Ante espectáculo tal, ¿puede haber nunca interés aunque lo diga Sellés y aunque lo jure Vital?

¡No puede ser, no señor!

Gracias á que soy valiente y he de seguir obediente lo que manda mi doctor,

aunque me rompa después la columna vertebral por imitar á Vital

y hacer lo que hace Sellés.

Que conste, pues lo demuestro, mi adhesión firme y completa á ese sport... de bicicleta,

en el que es usted maestro;

pero, acá para *inter nos*,

si el día menos pensado me encuentra usted entrapajado por esas calles de Dios,

diga usted, amigo *Pedal*,

que la culpa toda es

¡de Vital y de Sellés...

de Sellés y de Vital!

Fuero Yedýzoz

¡Inocencia!...

La mujer de Luis Cruz, Lola Briones, estaba en relaciones ilícitas y ocultas, por supuesto, con un joven, apuesto y bizarro teniente de dragones. —Y el buenazo de Luis, que no sabía el proceder indigno de su esposa, muchas veces decía, refiriéndose á Lola, que no había una mujer tan santa y cariñosa...

.....
Cierta tarde se hallaron en amoroso idilio los amantes, y tras breves instantes de tierna despedida, se besaron. Mas no contento, el pillo del militar aquel, que era un chiquillo, con pruebas de cariño tan patentes, mordió á Lolita y le dejó los dientes señalados en medio del carrillo... A poco volvió Luis de la oficina (pues ya se me olvidaba advertir al lector que aquél se hallaba empleado en Marina), y al besar á su esposa entusiasmado, con marcada sorpresa, vió en su mejilla impresa la señal aún reciente del bocado... —¿Qué es esto... di?... —el marido exclamó enfurecido; y contestóle con aplomo Lola: —Nada... que me he mordido. —Pero ¿sola, mujer?...

—¡Claro que sola!..

Abraham Limorti.

FESTIVOS MUNICIPALES

PROGRAMA



De 7 á 12.—Paseo divertido y ameno por las vías públicas no interceptadas por el arreglo de cañerías, adoquinado, etc. etc.



A las 12.—Banquetes particulares al aire libre.



De 1 á 8.—Variados y entretenidos juegos de agua con abundantes surtidores.

ESPAÑA CÓMICA.



El pueblo y el poder.

—Aquél es un gusano muy pequeño—
decía altivamente y con mal ceño
un gigante subido en una altura,
al ver á otro gigante en la llanura.
Mientras tanto, el del llano,
haciendo del de arriba igual aprecio,
veía con olímpico desprecio:
—Aquél que está en la cumbre es un gusano.—
Cambiaron de lugar al otro día
y al ver que procedía
su error de la distancia,
depusieron al punto su arrogancia
y dijeron, el uno cabizbajo
y el otro en actitud muy pensativa:
Si es chico desde arriba lo de abajo,
desde abajo es pequeño lo de arriba.

Alfonso Benito Alfaro.

Los moldes.

Es una manía
de la gente joven
la de azar los puños
y romper los moldes
porque está el teatro
decadente y pobre
sólo por antiguas
preocupaciones
que hay que echar abajo
con impulso noble,
porque le destruyen
y le descomponen.
¡Nueva savia pide!
¡Vengan los motores
que las trabas rompan
y los nudos corten!
Yo... que me dispensen,

como soy tan torpe
tengo el sentimiento
de no estar conforme.
El troquel antiguo
de macizo bronce
donde se vaciaron
tantas producciones
de los inmortales
genios españoles
se conserva intacto,
no requiere toques,
y aunque lo conozcan
los reformadores,
¡necesita agallas
el que lo reforme!
Con que resuciten
Calderón y Lope

y á los mercaderes
de su templo arrojen
y el viril ingenio
triunfe como entonces,
no nos hacen falta
nuevos horizontes.
¡Otros moldes! ¡Eso
ya es el *acabóse!*
¿Quién gastó los otros?
¡Cientos de millones
de autorcillos chirles
que ni los conocen!
¿Va algún pelagatos
á sacar del cofre
un sistema nuevo
de pintar pasiones

y crear personas
y mover resortes?
Pues si no hay más que uno,
¿para qué se rompe?
En lugar de quejas
y lamentaciones,
arrimad los hombros
al trabajo, oh, jóvenes!
y pensad que Ayala,
que del cielo goce,
sin romper troqueles
alcanzó renombre.
¡Hágase *Consuelo*
y hágala el demontre,
aunque no se salga
de los viejos moldes!

Sinesio Delgado.



Hemos echado, tapas y medias sue-
las al Ayuntamiento.
Y, gracias á Dios, y á la sinceridad
electoral que una vez más se ha
puesto de manifiesto, estamos de enhorabuena y debemos ir á inclinarnos
devotamente ante los angelitos nuevos de la Cibele, única cosa de gran no-
vedad de que estamos disfrutando estos días.
Porque ya habrán ustedes leído que los flamantes concejales llevan un
programa idéntico y saludable.
«No hartarse de pedir moralidad en la administración.»
Y como todos han dicho lo mismo, y como los que quedan allí de la

hornada anterior también aceptaron sus cargos con los mismos fines, aque-
llo va á ser una balsa de aceite... y un río de oro para los administrados.

Porque en cuanto se refman, ya se sabe lo que van á hacer:

Pedirse moralidad los unos á los otros.

¡Y tendrán que oír los discursos, las réplicas y las dúplicas!

¿Quién se atreve ahora á favorecer con su voto determinadas contratas,
expropiaciones de terrenos y arriendos de servicios?

¡Nadie!

Amós, tahir sempiterno,
dice á Juan entristecido:
—¡Treinta cartas he perdido!
¿No es para darse al infierno?
Y Juan, que no entiende de
esas cosas, dice á Amós:
—Otra vez, hombre de Dios,
¡certifíquelas usted!

CÉSAR PUEYO.

Habrán ustedes echado de menos, desde que subieron al poder los con-
servadores, aquellas consoladoras noticias de que se habían sorprendido
chirlatas, de que se iban á cerrar casinos importantes y de que estaban en-
causados algunos apreciables sujetos dueños de casas de juego.

Yo ¡Dios me libre! no lo echo á mala parte.

Lo que creo es que, como el duque de Tamames llevó hasta el rigor la
campana, se ha extirpado completamente el vicio y ya no queda un cris-
tiano capaz de apuntar dos reales á una sota.

Porque si le hubiera... es de suponer que las casas de beneficencia seguir-
ían recibiendo su óbolo.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Lope López.—Los cantares se pasan de medianos, en buen hora lo diga,
y el soneto... ¡caracoles, cómo está medido el soneto!

El barón de Tapia.—El asunto es demasiado antiguo para que pueda
hacer gracia á la generación actual.

Sirio.—¿Que cómo le ha salido á usted la composición? Pues de la ma-
nera siguiente:

«Forasteros que vais á Madrid
una temporada allí á pasar
con motivo de las fiestas
que se van á celebrar...»

De modo que no hay para qué hablar de la corrección, ni de la soltura,
ni del *silabeo*...

Sr. D. A. M.—¿Otra imitación de López Silva? Comprendan ustedes que
para salir airosos de semejante paso se necesita mucha *enjundia*. Y más
vale hacer algo mediano propio, que bueno imitado.

Uno de Turruncón.—Bien versificada, y con cierto donaire al principio:

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



pero luego viene lo de los granos y se presenta la erupción de la vulgaridad, que es lo temible.

Sr. D. M. A.—La forma ha quedado *pasable*, pero el asunto sigue como si tal cosa.

Poyuelo.—Llegaron en efecto, pero una por *fas* y otra por *nefas*, no pueden entrar en turno.

Sr. D. P. V.—No me acaba de satisfacer, porque está un poquito oscura la idea, y hay que tener en cuenta que el periódico va á parar á muchas manos.

Sr. D. J. C. R.—He tenido que dar aquí muchas veces la razón de que algunas cartas queden sin respuesta, y que no es otra que la imposibilidad material de publicar tantas contestaciones. Pero se leen todas las poesías, ¡ay! absolutamente todas.

Sr. D. M. G. S.—Puertecico como él solo.
M. B. de V. C.—Recibida y cumplido su encargo inmediatamente.
¿Molestias? ¡Dios mío! ¡Al contrario!

Un entusiasta admirador.—¡Hola, hola! ¡Un guasoncito de Valladolid que aconsonanta palabras con *pesareti*! ¡Fíese usted de Castilla, que hace los hombres y los gasta!

Chipendi.—«Le pilló á un chico el tranvía
y al ser de peligro fuera
la herida, se va gritando á la acera
gritando ¡hay madre mía!»

¡Hay, señor Chipendi! ¡Eso es hacer copias de *chipin* y lo demás es agua!

Trúpita.—Para un botijo del Santo
tantos versos en romance!
Si lo quiere, vaya y búsquelo,
pídalo, páguelo... ¡y cállese!

Robinson.—No entiendo bien la idea, pero creo que si la llegara á entender alguna vez, me parecería demasiado fuerte.

El caballero de la alegre figura.—Si viera usted ¡oh mi simpático amigo! cuán retorcida y pedestre es la forma y cuán antiguo es el cucufol

Cachipuchi.—Tiene usted una manera de versificar verdaderamente eudemoniada... Eso de la bella Rosa y el burro que juegan por los trigos *cual dos hormigas* me parece una comparación atrevida como pocas. ¿No opina usted lo mismo?

Sr. D. C. de M.—Ya sabe usted que nos está prohibido por el santo Concilio de Trento publicar composición alguna que vaya dedicada exclusivamente á ella. Porque, según los venerables obispos, ese género de poesías no interesa á nadie.

Sr. D. C. C. U.—Y digo lo mismo de los epitalamios sin miga de ninguna clase.

Mates.—Está usted en lo firme. La falta es contra el uso, pero no contra la ortografía.

Sr. D. J. F. C.—¿Sabe usted de lo que adolece eso principalmente? Pues... de humorismo traseñado. Ahora van las corrientes por otro camino, y no es culpa de usted ni mía.

Primerio.—No están mal para ser las primeras armas. Siga usted así, y llegará á hacer humoradas de la buena clase.

Un padre de la patria.—Aunque todo debe suar á usted de un error. Aquí no se pagan más trabajos que los que pide la Dirección. La crisis de la industria cochino-taponera no permite otras gallardías.

El 110 Caniquas.—A cualquier cosa llaman ustedes soneto en tierra de Campos. Y ¿qué quiere decir *ojo boboliento*? Es la primera vez que lo oigo!

Sr. D. C. M.—¡Haja.—Recibida y ponderada.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESFAHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Literas, 10 duplicado.—Teléfono núm. 534.